



UN CENTENARIO PARA EL PREMIO NOBEL GIORGOS SEFERIS (1900-1971)

César García Álvarez

"Tu nostalgia ha creado un país inexistente"

Seferis

RESUMEN:

Múltiples son los temas que Seferis desarrolló en sus ensayos; imposible referirse a todos ellos. Me ha parecido conveniente elegir un ángulo dentro de su múltiple temática, *La idea de una nueva Grecia en Seferis*, perspectiva esencial en la obra total del poeta; recoge ésta el sentimiento y pensamiento que tuvo el escritor ante la pérdida de Esmirna, Asia Menor, y con ello el abandono de la Gran Idea. La Gran Idea fue conquistar Esmirna y seguir conquistando otras tierras hasta llegar a Constantinopla y el resto de las antiguas posesiones hasta restituir todo el ámbito del antiguo imperio bizantino, tal como se lo arrebataron los turcos en el año 1453. Esta utopía se puso en marcha el año 1922, el mismo año en que Grecia sufrió la catástrofe. Seferis da cuenta de este sentimiento en su poesía y de este pensamiento en sus ensayos; pensamiento y sentimiento que, según el ensayista y poeta, sólo tendrá consuelo en la fundación de una Grecia moderna que compita más y mejor con las demás naciones del mundo; pues la identidad y cultura de un pueblo no necesariamente ha de expresarse, como sucedía en el pasado, en dominios territoriales; una nación es un modo ejemplar de habitar el mundo y Grecia ha de reconstruir el suyo. Esta es la gran tesis de Seferis que esperamos demostrar.

ABSTRACT:

Seferis broached many subjects in his essays, too many to condense here. I believe that I should speak of a specific angle within his thematic range. The idea of a new Greece in Seferis is an essential perspective of the poet's overall work, which reflects his feelings and reflections on the loss of Smyrna, Asia Minor, and the Great Idea. The Great Idea was to conquer Smyrna and to go on conquering territory until reaching Constantinople and the rest of Greece's ancient possessions, and thus rebuild the Byzantine Empire such as it was before the Turks took it over in 1453. This utopia was launched in 1922, the same year of the Greek catastrophe. Seferis recalls this feeling in his poetry and in his essays; thoughts and feelings that according to the author can only become true with the foundation of a modern Greece, capable of competing with the rest of the world, because contrary to what was the norm in the past, today the identity and culture of a country need not be expressed in terms of territory; a nation is a special way of inhabiting the world, and Greece should be aware of hers. This is the great thesis proposed by Seferis, which we hope to prove.

I. LA GRAN IDEA Y SUS REFLEJOS LITERARIOS EN LA LITERATURA GRIEGA

INTRODUCCIÓN

La Gran Idea fue, en el siglo XX, el intento griego de restauración de los ámbitos geográficos imperiales bizantinos en el Medio Oriente. Ahora bien, como Idea, es esto y mucho más que esto, trasciende el espacio y el tiempo: es la convicción profunda que anida en el alma de Grecia, en el genio de su raza, de haber sido y seguir siendo un pueblo con amplitudes civilizadoras: que lo fue en la época clásica al entregar a occidente, ya desde la Magna Grecia, las bases del pensamiento, del arte, de los juegos, de la democracia; que lo fue en la Grecia de Alejandro Magno y el helenismo, oriental y romano a la vez; que lo fue en la Grecia del Imperio Bizantino y su catolicidad; que fue animada, en la época de opresión turca, por el Patriarcado Ecuménico Ortodoxo; que lo intuyó en la Gran Idea sobre el Medio Oriente, y que lo sigue siendo hoy en la actitud panhelenística de su cultura. Donde hay un griego o una institución griega en el mundo no hay un extranjero o una organización extraña hay una vocación de universalidad. Revísense las colectividades, centros, cátedras y sociedades griegas, bizantinas y neohelénicas en las universidades del mundo y ello nos dirá que la idea civilizadora griega, no está muerta, aun con sus fallidas concreciones políticas en la “Cruzada de los Francos” (1204), la toma de Constantinopla por los otomanos (1453) o en el llamado “Desastre Microasiático” (Tratado de Lausana, 1923). Vamos a detenernos en este último, más cerca de nosotros, y examinarlo como paradigma del ocaso político –no ideológico– de un imperio.

1. GLORIA Y OCASO DE LA GRAN IDEA EN EL SIGLO XX

En 1821, iniciaron los griegos su independencia y el proceso de institucionalización e intento de redimir los territorios en manos extranjeras. Después de ocho años de múltiples indecisiones, el Protocolo de Londres de 1830 hizo aparecer al pequeño Reino de Grecia con menos de la mitad de los actuales territorios peninsulares e isleños. Las potencias, en este momento y más tarde, buscaron congraciarse con Grecia, pero también con sus enemigos; así se lo enrostra Makriyannis cuando les dice: *“Cuando el griego pobre luchó denodadamente contra el sultán, descalzo y en cueros, y le mató más de cuatrocientos mil hombres, entonces debía de haber luchado también contra ti, europeo, contra tus reacciones y tu engaño y tu fraude y tu abastecimiento de las fortalezas turcas en los primeros años. Si tú, cristiano, no las hubieses aprovisionado, sabrías hasta donde habríamos llegado mediante aquel impulso. Después nos hartasteis de camarillas. Dawkins, nos quería ingleses; Rouan, franceses; Katakazis, rusos, y no dejasteis un solo griego, nos redujisteis a danzarinas vuestras, indignos de la libertad. Cuando el niño nace, los mayores le ayudan a crecer, a prosperar, vosotros nos rebajasteis a la altura de vuestra indecencia moral”*.

La Gran Idea, con todo, no estaba muerta en aquel 1830; lentamente, Grecia, insatisfecha, logró reunir en su inicial pequeño espacio a helenos llegados de Asia Menor, de Chipre, del Dodecaneso, de Macedonia, de las Islas Jónicas y muchos griegos en la diáspora

y filohelénicos llegaron ilusionados a la Península; habían aprendido de la Grecia imperial, de su Gran Idea, que en su espacio cabían todas las diversidades. Mediante las guerras balcánicas, la Grecia incipiente unificó a muchos más helenos, la nación se sentía satisfecha de esta Babilonia, obra, por lo demás, de D. Byzancios. Allí, en aquel conglomerado de gentes estaban los “alitrotos”, los que, expulsados de sus tierras griegas, aspiraban como ningún otro, cargados de nostalgia, a impulsar la Gran Idea: reconquistar sus tierras. Por su parte, los griegos que no habían alcanzado a emigrar, facilitaban, desde dentro, la expulsión de los opresores turcos. Poco a poco, Grecia tomó conciencia de su ser perdido, de sus tradiciones: se levantaron iglesias, se repararon monumentos, se creó la Sociedad Arqueológica, la Universidad (1839) y centros educacionales, como la Sociedad Flopedagógica de Atenas; se activaron las costumbres dormidas y todo se preparaba para el gran salto final: el Asia Menor irredenta. Grecia ya había suprimido –comenta Vacalópoulos– los antiguos ejércitos regulares e irregulares y había formado diez batallones de cazadores. Ellos se batirían con tanto valor en la guerra microasiática, que han quedado para la posteridad como un símbolo y una llama encendida de la Gran Idea en los “evzones” o guardia actual en el Parlamento de Atenas.

Las guerras balcánicas (1912-1913) fueron prueba de la madurez y eficiencia griega para lanzarse hacia el Asia Menor. La escuadra griega logró imponerse en todo el Egeo y Thasos, Quíos, Lemnos, Samos y Mitilene fueron liberadas. Por el Tratado de Londres, 17/30 de mayo de 1913, el sultán cedió a los vencedores griegos toda la Turquía europea, con la excepción de Albania. Jorge I se instaló, entonces, en Salónica. Pocas ciudades hablaban más del Imperio Bizantino a los griegos, hecha excepción de Constantinopla, que Salónica; faltaba por conquistar, entonces, las tierras del Medio Oriente y, finalmente, Constantinopla. La Gran Idea se iba forjando; hubo, en tanto, un traspies, tener que ceder Albania nuevamente por imposición de las potencias.

En la conformación de la Gran Idea, contribuyó también la extensión del Estado griego que casi se duplica, aumentando de 64.786 a 108.606 kilómetros cuadrados; asimismo la población de 2.666.000 se elevó a 4.363.000. Esmirna en el Medio Oriente, el punto de mira, la aspiración más cara, resplandecía de grecidad, era la capital del helenismo en la región; cultura, arte, estudios superiores, todo comparable a lo que se hacía en Constantinopla. Vivían en ella múltiples pueblos: sirios, armenios, turcos, los propios griegos, todos marcados por un habla común, el griego, el habla del imperio. Sus murallas bizantinas, recordaban mucho más que otras ciudades, la Gran Idea.

Llegó, en tanto, la Primera Guerra Mundial. La línea de acción en la postguerra, se concretizó con la cesión que Italia hizo a Grecia de todo el Dodecaneso, a excepción de Rodas que, 15 años más tarde, sancionaría un plebiscito. Casi todo estaba preparado para el éxito.

Grecia, en un acto de heroísmo y vocación de martirio, –héroe y mártir, son palabras griegas– emprendió, entonces, la reconquista de aquellas tierras del Oriente, que eran suyas, con las sabidas consecuencias del “Desastre Microasiático” y el ocaso de la Gran Idea, al menos, en lo que ella tenía de concreción política imperial.

Ya desde el 14 de mayo de 1919 se encontraban en Esmirna tropas griegas con el fin de mantener el orden, mientras se esperaba que tal región quedara anexada 15 meses más tarde, como había determinado el tratado de Sevres; otro tratado reconoció la Provincia Jonia, con capital Esmirna, como nueva provincia griega. Constantinopla, hacia donde se aspiraba llegar, estaba incluso bajo un estatus particular que la consideraba adscrita a Grecia. La vieja idea imperial, que nunca había desaparecido de las canciones populares, volvió a entonarse. Vacalópoulos es claro en señalar: “*tras aquella aventura, había un espejismo, el imperio bi-*

zantino. Sin embargo, las potencias aliadas que empujaban a Grecia a la aventura lo hacían, no tanto para ayudarla, sino para destruirla puesto que sus intereses se oponían a los de Grecia". Los historiadores griegos han llamado a este acto, "el maquiavelismo europeo hacia Grecia". Llegaron a ignorar incluso el Tratado de Sevres.

Grecia se quedó sola en el Medio Oriente. Turquía tenía en esa región a un energético oficial, Mustafá Kemal (30 de abril de 1920). Incluso, los turcos ya no tenían la pesadilla de los rusos que pretendieran Constantinopla, de donde se habían retirado. Todo presagiaba tormentas para Grecia. Se sabía que hacía ya varios meses que el ejército griego, muy desgastado, no avanzaba. Finalmente, llegó el infausto 14 de agosto de 1922, detalladamente informado por la prensa: los turcos rompieron la defensa griega y el ejército griego, que soportó hasta el 26 el duro ataque, hubo de retroceder. El 4 de septiembre, el Cónsul de Inglaterra en Esmirna, aconseja a su colonia que se ponga a salvo en los buques transatlánticos Antioch y Maine.

La caballería turca ingresó en Esmirna el sábado 9 de septiembre por la mañana; en la tarde el barrio armenio fue saqueado y 150 armenios muertos, una extraña orden se leía en la puerta de los almacenes americanos Near East Relief: "*Prohibidos para el saqueo*", lo que quiere decir que el saqueo estaba permitido en los demás negocios. Una orden de Mustafá Kemal, que había llegado a Esmirna para entrevistarse con el general Nourreddin, expidió un bando en el que se decía: Habrá "*pena capital*" para quien mate a un cristiano, pero, luego, las palabras "*pena capital*" se sustituyeron por "*punición*" o castigo. Extraña ironía. El 13, por la tarde, se incendió el barrio armenio: "*se vio a un gran número de soldados turcos arrojando petróleo y colocando fuego a las casas*" (Maurice, Mayor General, telegrama en el *Daily News* del 18 de septiembre; lo reitera el corresponsal del *Times* en Malta y el corresponsal del *Echo* de París en Marsella, el 20 de septiembre, confirma, además, que fueron 20 los focos de incendio en el barrio armenio para hacer desaparecer los cadáveres; repite la misma información el corresponsal, en Constantinopla, del *Manchester Guardian*, el 20 de septiembre; el *Morning Post*, en telegrama del 19 de septiembre, incluye una observación más, tal pillaje fue consentido por Kemal, pues no tenía otra forma de pagar a sus tropas de irregulares). El incendio inicial de Esmirna, ¿se llevó a cabo porque una granada lanzada desde el barrio armenio hirió a un oficial turco? Así lo justifican algunos, pero no hay proporción entre la causa armenia y el pillaje y asesinato hecho por los turcos.

Las representaciones diplomáticas se empezaron a llenar de refugiados (Carta de un inglés de Esmirna en *Daily Telegraph* del 10 de septiembre, publicada el 18). El barrio armenio se cubrió de cadáveres (El *Times*, recoge un telegrama del día 16, de su corresponsal en Constantinopla). Lo confirma el doctor Wilfred Post, en el *Daily Telegraph* del 21 de septiembre: "*Había tantos cadáveres en las calles que yo debía descender del auto y desplazarlos para hacer pasar el vehículo*". Ante tal hecho, el 18 de septiembre, la catedral armenia se llenó de refugiados quienes, negándose a salir, fueron cremados por los turcos junto con el edificio religioso (*Times*, 18 de septiembre, telegrama de Malta; *Le Figaró* del 22 de septiembre, da la increíble versión de que los armenios, desde la catedral donde estaban refugiados, atacaron al ejército turco).

No había más solución que la huida. Los turcos, del barrio armenio pasaron al griego y del griego al resto de la ciudad en una misma actitud de pillaje, fuego y muerte. "*La venganza turca*" cayó sobre todos: civiles o militares, niños o viejos, mujeres u hombres, la "*Esmirna infiel*", así la denominaban los turcos, había de ser purificada mediante el fuego. Turquía escribió una de las páginas más negras de su historia, si no tenía ya otras. Miles de griegos, tras el Tratado de Lausana, 1923, iniciaron uno de los más penosos exilios; trágicas caravanas (un millón y medio) huyeron de las represalias turcas. Cincuenta mil griegos muertos, muchos

más tragó el mar. Vacalópoulos es claro en señalar: *“Fue la mayor desgracia del helenismo, después de la caída de Constantinopla”*.

Nadie mejor que Kazantzakis ha sabido relatar aquellos días de gloria y ocaso de la Gran Idea: *“Me has preguntado cómo la desgracia se ha cernido sobre nuestro pueblo y voy a responder. Escucha, pope Grigoris; escuchad, notables, aun cuando hayáis desdeñado venir a veros; escuchad todos, cristianos de Licovnsi...”*

Cierto día se oyeron voces desde las azoteas de nuestra aldea que gritaban: “¡El ejército griego! ¡El ejército griego! Se distinguen en las crestas las fustanelas!”

Inmediatamente ordenó: “¡Lanzad al vuelo la campana de Pascua! ¡Que el pueblo se reúna; quiero hablarle!” Pero todos los vecinos se habían lanzado al cementerio, cavando las tumbas, y cada cual buscaba a su padre.

“¡Padre, están aquí! ¡Padre, están aquí!” Encendían las lámparas de aceite en las cruces, y vertían vino para hacer revivir a los muertos. Una vez que hubieron terminado con los muertos, el pueblo se congregó en la Iglesia. Subí al púlpito “¡Hermanos míos, hijos míos, fieles todos! ¡Los griegos llegan; la tierra y el cielo se unen. Hombres y mujeres, tomad las armas. Rechacemos al turco hasta la puerta de los infiernos!”

Sacamos las armas de entre las vigas de los techos; me ceñí la cartuchera; cojo la cruz y reúno a los aldeanos en la plaza: “Hijos míos, antes de iniciar la marcha, cantemos todos juntos el Himno Nacional”. ¡Qué voces! ¡Eso si que era la resurrección de Cristo! “La tierra temblaba, y todos juntos cantamos el Himno...”

Y el pobre Fotis... se puso a cantar a voz en cuello: “De los huesos sagrados de los helenos la libertad ha resurgido...”

No me obligues a decir lo que sucedió en seguida, padre –suspiró el pope Fotis, lanzando un gran gemido–. “Tengo corazón y no una piedra, padre, y se va a romper”. La voz se le quebró por el llanto.

Los batallones griegos se batieron en retirada, diezmados; pero nosotros nos quedamos. Nos quedamos y los turcos volvieron. Esto lo dice todo. “Incendiaron, degollaron, violaron...”

“Reuní a todos los que encontré con vida... Hemos salvado los íconos, el Evangelio, el estandarte de San Jorge... Me puse a la cabeza y el éxodo comenzó. Llevamos ya tres meses caminando, perseguidos, hambrientos, enfermos. Muchos de los nuestros se han quedado en el camino, y, después de enterrarlos, los que quedábamos con vida partíamos de nuevo. Cada noche dormíamos extenuados. Yo, con el corazón destrozado, les leía el Evangelio, les hablaba de Dios y de Grecia...”

(CRISTO DE NUEVO CRUCIFICADO 273-8-9)

A partir de este momento se abandonó políticamente la Gran Idea.

En 1930, Venizelos firma un tratado de amistad con Turquía, según el famoso dicho diplomático: *“Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él”*. Había que mantener lo obtenido, fortalecerlo y esperar los años o los siglos..., pues la vocación de un pueblo no puede ser traicionada; es parte de su identidad. No se trata de no dejar espacios a los demás, la idea de Imperio fue, desde siempre, la *“Casa Grande”* de todos; superar la pequeña familia en la familia universal. ¿Utopía que ni Roma, ni Carlos V, ni Grecia, ni el Comunismo Internacional lograron? La globalización actual, por otros caminos, empieza a reeditar la misma idea ¿cómo la está posicionando Grecia? Pero, éste es otro problema.

2. EL SENTIMIENTO DE DECADENCIA IMPERIAL EN EL POETA SEFERIS: PALABRA Y SÍMBOLO POÉTICO

La nostalgia fue el primer sentimiento ante el desastre microasiático. Pocos escritores griegos de aquel primer momento se han sustraído a ella: era su patria o la patria de sus padres o de los padres de sus padres. Los huesos de sus antepasados estaban allí, no era posible olvidarlos. La familia es raíz profunda para todo ser humano, más para el griego. Recordemos, aunque sea de paso, la suerte trágica de los Lambdácidas o de las estirpes reales de Micenas, de Edipo y su descendencia o de Agamenón y la suya. Cantor de aquella nostalgia de la Esmirna abatida, fue Myrivilis:

“Un día, después de la derrota, la tierra bendita pareció retirarse muy lejos, tan lejos, que ya no era más que un suelo extranjero... Hoy día, las gentes del país (Mitilene) y los refugiados suben a los promontorios y acantilados, colocan la mano haciendo pantalla sobre los ojos, contemplan y suspiran. Sin decir nada, observan las laderas color rosa y los pueblos que sus padres levantaron. Las laderas de las colinas aparecen sembradas de casas blancas; las aspas de los molinos voltean en las cumbres.

“Todo parece salido de un taller mágico y dispuesto a desvanecerse como si fuera una humareda multicolor. Una región inexistente, que sólo tuvo realidad en los cuentos y sueños y que todavía permanece en la imaginación.

“Verdadero país de maravilla, con montañas tan altas que la nieve no llega a derretirse en sus cumbres. En verano, camiones volquetes la transportan a la llanura para sorbetes de miel y de rosa. En los campos ondulan las espigas formando un mar dorado, y las aves del cielo se sacian de grano. Los pobres también hacen su recolección y pasan el invierno junto al fuego y al abrigo del hambre. Hay dulces de rosa y leche en abundancia. Por los cerros boscosos vagan osos pardos ahitos de miel. Allí se atan los sarmientos a los álamos y de ellos cuelgan grandes y pomposos racimos. En la costa brillan gozosas las ciudades helénicas, siempre horrigueantes... Los griegos vivían allí felices, entre los honrados anatolios, y la bendición del cielo se extendía sobre todos...

(*Nuestra Señora de las Sirenas*, pp. 20-21).

Esta nostalgia, alimento de la poesía de Seferis, la expresa así el poeta:

*Tan largamente expatriado
Cargado de imágenes nutridas bajo cielos extranjeros
tu nostalgia ha creado un país inexistente.*

La poesía de Seferis se alimenta de este oculto dolor. Esmirna nunca es nombrada en toda la poesía de Seferis, porque, para un poeta amante del significado profundo de las palabras, los nombres signan y actualizan y Seferis no quiere para él tanto dolor.

Seferis nació en Esmirna en 1900. Su padre, Stelios Seferiadis, era abogado y profesor. Escribió en 1929 una obra sobre el resultado de la catástrofe del Asia Menor *L'échange des populations*. La familia de Seferis emprendió el camino del exilio en 1914; tras un tiempo de estudios en Atenas pasó a París, en 1918. Con la esperanza de volver a su patria, Esmirna, esperó al año 1922, que se anunciaba promisorio. El resultado ya lo sabemos. La poesía de Seferis se tiñó de otoño, con el otoño de aquel año. La austeridad, el sentido casi prosaico de sus versos, nos habla de ese dolor que, desde la raíz, cubre todos sus versos. Su poesía se instala por este camino en la gran poesía de los tiempos de penuria del siglo XX. Esmirna es su ciudad amada, pero son todas las ciudades amadas y negadas en los siglos, desde la Itaca de Homero a la Guernica de Picasso, desde la mártir Hiroshima a la testimonial Macchu Picchu, desde la Acre de los Caballeros Cruzados a Chernobil. Somos seres **en - el - tiempo y**

en - el espacio y negados éstos se niega el propio ser. Los grandes símbolos de toda la poesía de decadencia empiezan, entonces, a aflorar, en sus versos de espacio y de tiempo, con tanta fuerza inusitada, que lo llevaron, sin adversario alguno, al Premio Nobel en 1954. Detengámonos en algunos de sus símbolos:

*Todo lo que yo amaba ha desaparecido con las casas en el verano
pasado eran nuevas
Y que fueron arrasadas por el vendaval de otoño.*

“Las casas”, “el verano” que anunciaba cosechas granadas; “el vendaval de otoño”, todo lo arrasó. Tras la información histórica, la contextualidad, es evidente: lo sorpresivo, lo inesperado, la totalidad destructora, el otoño instalado en Esmirna y en su poesía.

a) “Porque a mi modo de ver, el cielo se nos está cayendo a pedazos” (Nicanor Parra)

La fragmentación del mundo y sus símbolos se halla en Seferis en los remos quebrados, en el maderamen de barcos naufragados, en los puertos desolados, en la ceniza acumulada, símbolo de la inconsistencia o de la nada, instalada también en otro poeta, Federico García Lorca, en *Poeta en Nueva York*. Dice Seferis:

*en el país que se disgregó que no tiene consistencia
en el país que alguna vez fue nuestro se hundan las islas moho y ceniza.
¿Qué van buscando nuestras almas cuando viajan de puerto en puerto en
navíos que tienen desintegrado el maderamen conduciendo piedras rotas.
En los puertos
el domingo cuando bajamos a tomar aire vemos brillar
a la puesta del sol rotos maderos de viajes que no terminaron.*

La obra *Ghymnopedia* (suma de los poemas *Santorini* y *Micenas*, un total de 89 versos) es la obra de Seferis que más claro versifica el motivo de las piedras quebradas. El tiempo implacable no ha tolerado ni a la dura piedra.

b) El motivo del destierro

La poesía de Seferis se levanta desde su dolor a todos los dolores, desde su destierro a todos los destierros. No es fácil encontrar en sus poemas, confesiones personales expresas, la historia amarga está más al fondo, como lección universal. Desde lo alto de su vuelo poético, se divisa a Ulises desterrado, a la Micenas trágica que deporta a Orestes (Poema *Micenas*, 1936), a la Jonia moderna abrumada, a la Creta de la Segunda Guerra Mundial. El mismo Seferis es un nuevo Ulises desterrado de Esmirna a Atenas (1914), de Atenas a París (1918), al Cairo (1943), del Cairo a Inglaterra, el Premio Nobel (1954) y su regreso a Atenas para morir. Hay en Seferis versos que son hitos: de Atenas había dicho: “*Donde voy, Grecia me hiera*” (Poema *A la manera de Y.S.*); “*Cercado estoy por el exilio*” se lee en el poema *Sobre un verso extraviado* (Cuaderno de ejercicios, 1940). “*Tu nostalgia te ha creado un país inexistente*”, es un verso de *El retomo del expatriado* (Diario de a bordo V; “*Conservé mi vida viajando*”, en el poema *Epifanía*, 1937, del libro *Bosquejos para un verano*). Unos versos reveladores:

*¡Altas montañas, no nos escucháis! ¡Socorrednos!
¡Socorrednos! Altas montañas vamos a disolvemos, muertos entre los
muertos!
Nos hemos quedado desnudos sobre la piedra pómez
mirando las islas surgentes
mirando las islas rojas hundirse
en su suelo, en nuestro suelo...*

c) El agua, las cisternas y la arena

Las aguas recogidas desde las profundidades de la tierra, donde toda fertilidad se retrae: tierras yermas, espíritu yermo. La muerte ronda la poesía de Seferis, por sequedad de mares, de amplios horizontes, a los que los griegos tenían vocación:

Pasan las horas, soles y lunas, pero el agua como un espejo ha cuajado; con los ojos bien abiertos, se hunden todos los remos en la orilla del mar.

Las cisternas, secas, abandonadas, objetos de recuerdos en un jardín. Una cisterna sin agua, es como un guante sin mano, una apetencia inútil. Un llamar sin esperanza. Un estar ahí, por si acaso. *La cisterna* es un libro de poemas de Seferis (1932). La arena, otro motivo seferiano que, en cuanto desértica, hace que la cisterna sea más seca de lo que está:

*Pero aquí en la tierra arraigó una cisterna solitaria,
oculta, cálida que atesora
de cada cuerpo el gemir en el aire
la batalla con la noche con el día
se acrecienta el mundo, pasa, no la toca.*

Y, en otra parte:

*No tenemos ríos, no tenemos norias no tenemos
fuentes
solamente unas pocas cisternas, vacías también
ellas, que
rumorean y que las veneramos.*

d) El camino y el mar

En el poema *Epifanía* (1937), inserto en *Bosquejos para un verano*, se lee “*Conservé mi vida viajando*”; en el mismo libro, *En las oquedades marinas* y *Diario de a bordo I* (1940) y *Diario de a bordo II* (1944), se vuelve al tema marino, así como en algunos poemas de *Zorzal* (1947).

Exilio y mar van juntos en Grecia, en todo exilio, pues mar es distancia, inmensidad, peligro, nostalgia. Dice Seferis:

*El mar que nos amargaba es profundo, inescrutable
...
Nos volvemos a hacer al mar con nuestros remos quebrados
...
Lo primero que hizo Dios es el viaje a la lejanía*

II. LA IDEA DE UNA NUEVA GRECIA EN EL ENSAYO DE SEFERIS

1. ESMIRNA, MITO POLÍTICO

La catástrofe de Esmirna no fue para los griegos una catástrofe más. Fue para ellos la destrucción de un mito político y la necesidad de reconstruir el antiguo imperio. Pero, los mitos podrán ocultarse, exteriormente, ser derrotados en un momento dado y hasta no hablarse de ellos, mas siempre descansarán en el fondo del subconsciente, y, de un modo o de otro, aparecerán en los poetas.

Fue Juan Bautista Vico (1668-1744) quien por primera vez habló del mito para esclarecer grandes hechos políticos; luego, Augusto Comte hablará del “*mithos*” como un estadio primitivo de la historia de la humanidad. Sobre mito y sociedad, aparecieron después estudios interesantes como los de Levy-Bruhl, Levy-Strauss, Durkheim, Malinowsky, Sorel y, particularmente, la obra de Cassirer, *El mito del estado*. Ya en 1928, Hans Schwarz había dicho: “*Hoy los mitólogos parecen sustituir a los historiadores*”.

El mitologema político en el que se inserta el caso de Esmirna, es el llamado “mito del reino” o “el imperio como arquetipo político divino”. El Mito del Reino, tal como lo conceptúa Manuel García Pelayo, en su obra *Mitos y símbolos políticos*, 1964, tiene algunos elementos que lo caracterizan y, ciertamente, se encuentran en la Gran Idea de Grecia: Uno de estos elementos es la unión de lo natural y sobrenatural, unión que no sólo estaba en el antiguo imperio bizantino medieval, sino que es idea asumida desde el siglo XVII por el Patriarcado Ecuménico. Leemos en Vacaloupoulos: “*La iglesia ortodoxa permaneció intacta del antiguo imperio bizantino, incluso los turcos reconocían al Patriarca como emarca, jefe de la nación griega, con autoridad en ciertos asuntos civiles, religiosos y administrativos extendiéndose su autoridad a toda el Asia Menor, el Egeo, los Balcanes y Rusia*” (*Historia de Grecia moderna*, 1204-1985, Universidad de Chile, p. 75). Los rayas, fanariotas y grandes apellidos de nobleza bizantina, como Focas, Dukas, Lascaris, etc., tenían su eje y esperanza en el Patriarcado. La historia religiosa-política del Patriarcado, durante la ocupación turca, es una línea clara de tradición imperial, no fenecida. Ellos construyeron monasterios, repararon otros, fundaron escuelas, mantuvieron el idioma y siempre reconocieron a Constantinopla como “*el hogar radiante*”; la conquista de Esmirna era un paso para llegar a la simbólica Constantinopla.

Otro de los elementos del mito político del reino es el carácter ecuménico o universalista que pretendía la Gran Idea, la cual llevaba implícita la restauración del imperio romano de oriente; ciertamente, llegará un momento en el que, incluso, el nombre de “*ortodoxos*” se postergará en favor del de “*cristianos*”, pues éste expresaba una conciencia más supranacional e invitaba, a su vez, a una ayuda liberadora mayor de occidente.

Todo mito político supone, por otra parte, la salida de un estado de postración política, como fue el destierro a Babilonia para los hebreos o los años anteriores a Augusto para los romanos. En el caso de la Grecia Moderna, esta idea se expresó en la larga opresión turca. La salida griega sumó, a la fuerza del Patriarcado griego, la llegada de los ideales de la Revolución Francesa (1789) y la emergencia de grandes figuras civiles como Koraís, del Comité Revolucionario de París, que creó la *Biblioteca Helénica*, y Rigas Fereos, autor del nuevo mapa de Grecia y de la *Constitución de la República de Helenos*.

El mito implica, también, una vuelta hacia atrás, a lo originario, tan presente en los mapas hechos por Rigas Feréos, y la presencia de los clásicos, presentes en la temática de Kavafis y Seferis, por ejemplo.

El mito del reino o imperio plantea, a su vez, que la historia tiene una finalidad que la trasciende; y es, ahora, junto al Neoclasicismo francés, los apoyos del Romanticismo alemán de Goethe, Hölderlin, Winckelmann, Herder y todo el movimiento internacional prohelénico con Byron en Inglaterra, Espronceda en España, Miranda en América, cuando la Gran Idea de Grecia se trasciende a sí misma.

No obstante ello, en la Edad Moderna, época en que Grecia activa su libertad, este mito tendió a disfrazarse de racionalidad: el marxismo se disfrazó de “científico”; Grecia, de “nacionalismo” y “libertad”; Alemania, de “Estado”; Estados Unidos, de “democracia”.

Existen conceptualizaciones distintas sobre el mito del reino: para Jung, se trata de un arquetipo estampado en la mente humana, que se encuentra en los secretos de la humanidad; para Norman Cohn se trata de paranoias colectivas; para Bloch, es el lugar donde anida la esperanza, su fundamento es antropológico.

De cualquier modo, Esmirna se constituyó para Grecia en símbolo político y como símbolo político encarnó un integración colectiva, un estado cultural y una experiencia emocional.

2. “EL INFORTUNIO DE LA ESTIRPE” Y EL VIAJE “AL TIEMPO PERDIDO”

Seferis publica numerosos ensayos: *Eliot y Kavafis*, ensayo sobre Erotócritos, *Tres días en los monasterios de Capadocia* y otros varios sobre Kalvos, Palamás, Antoníou; así como ensayos sobre estética (Seferis, 1988, *Ensayos*).

El crítico griego Petros Jaris (1970, p. 124), es claro en señalar en su estudio *La literatura griega después de la catástrofe del Asia Menor*, el auge que el ensayo tuvo en Grecia en los años de post-catástrofe. Y es que el ensayo es confesión de ideas, experiencia cultural de la vida del autor y testimonio crítico de una época. Era, pues, un género muy apropiado para dar cuenta de la vida griega de aquel tiempo, el tiempo de Seferis, que demandaba una particular reflexión sobre el ser y el destino de Grecia.

La tragedia microasiática había sido descrita muy al vivo por la *Generación de 1920* –Stratís Myrivilis, Ilías Venezís, Costís Bastiás y Nikos Nikolaídis entre otros– ahora la *Generación de Seferis, la de 1930*, interioriza aquel desastre, es una generación que “monologa con sí mismo”, como dice Hurmuziádis (1989, p. 15), quien reflexiona y trasciende el momento a una idea más amplia de lo griego. Existe un esfuerzo en esta generación por conceptualizar la patria desde la perspectiva de su pasado histórico, el presente de la catástrofe y los destinos futuros del panhelenismo. Y nada mejor que el ensayo para tratar estos temas. De todo ello hay en Seferis, aunque propuesto, no desde la alta reflexión de un historiador, que no lo es, sino desde el profundo sentimiento e intuición de un poeta, que sí lo es, y hasta Premio Nobel.

Es motivo reiterado en Seferis (1988, t. I, p. 11) “*el dolor de ser griego*” y el “*infortunio de la Estirpe*”. “*Recuerdo la juventud de aquella época (1925-1926)*”, dice el poeta, “*enmudecida todavía por la ‘catástrofe’, en busca de un camino que ofreciera sensaciones exaltadas o bien agotadas, siempre sintiendo una barrera insuperable por parte de la generación que ya iba saliendo, sin volver la cabeza altiva o exageradamente preocupada para responder a las preguntas que formulábamos y que, en nuestra opinión, no podían ser sino desesperanzadas. Escucho*” –sigue diciendo Seferis– “*la voz de un amigo en los fonógrafos de Fálros, alineados uno detrás de otro como las luces de la costa: ‘¿A nosotros quién nos ayudará?’*” (Seferis, 1988, t. I, p. 18).

Uno de los escritores de esta generación, que también sufre la búsqueda “*del tiempo perdido*”, y que sintoniza con Seferis, es el gran Konstantinos Katsímbalis, un narrador cuyo oficio era la gracia, el don de contar, sin que importase tanto el qué, sino un afán de reconstruir algo, aquel “*tiempo perdido*”. Manifiesta una especie de curación por la palabra; pero la palabra, cuando se viven los efectos de la catástrofe, se hace más silencio que palabra. Por eso, es el silencio el gran motivo seferiano.

3. CUANDO LA PALABRA SE HACE SILENCIO

El primer silencio de Seferis es el de su obra, apenas un pequeño volumen, *Píimata*, de 150 hojas (Atenas, 1964), *Tres poemas secretos* (1966) y unos poemas sueltos más, recogidos por *Le Monde* de París (1970). Su silencio se alarga particularmente desde 1969, cuando escribió: “*Somnolencia obligatoria ante todos los valores que con tanto sacrificio hemos podido mantener y que se advierten en el peligro de las palúdicas aguas estagnadas*”. Esto fue todo hasta su muerte en 1971, el máximo silencio.

Los silencios de Seferis tienen una voz de fondo, Esmirna. Esmirna –palabra ausente en su poesía, que no quiere pronunciar, que teme pronunciar– son *las cisternas, las arenas, los maderámenes, los remos rotos, las islas sumergidas, las cisternas secas, las altas montañas* a las que grita:

¡Altas montañas, no nos escucháis!

Las voces a veces están congeladas en Seferis, en remotas piedras de épocas pasadas, en Micenas; como en el caso de Macchu Picchu de Neruda, rocas de profundidades que portan voces sumergidas:

*Voces desde la piedra desde el sueño
más profundas aquí donde el mundo se oscurece,
memoria del esfuerzo enraizada en el ritmo
que golpeó la tierra con pies
olvidados.*

*Ni aun el silencio es ya tuyo
aquí donde se detuvieron las muelas del molino.*

Seferis, ante el silencio sobrecogido de su Grecia actual, busca, como dice Spyridaki, un amparo en las voces heroicas del pasado, mil veces más aplastadas que las de ahora, pero indómitas, de Micenas y de Asine, voces que, ahora, tampoco son claras: las piedras están, pero no hablan. Seferis visita las ruinas de Asine, uno de cuyos reyes fue a Troya, y sólo encuentra la máscara y debajo de la máscara, la boca sin voz; entonces, dice desolado:

*El pasar del tiempo es silencioso, inasible
y el dolor hunde sus ramas en mi alma*

El rey de Asine un vacío debajo de la máscara.

4. LA POLIS Y EL MAR

Y seguimos leyendo a Seferis: “*Quizá sepan que la poesía de los jóvenes, en la década que comienza con el final de la última guerra –es decir, más o menos de 1918 a 1928– era una literatura que buscaba sobre todo inspirarse en los sentimientos producidos en nosotros por la gran ciudad. Además, es en aquella época cuando Atenas se convirtió en una capital muy poblada... Sin embargo, hacia 1930 las cosas cambiaron. Caracterizó, entonces las búsquedas de los jóvenes una especie de temperamento de las islas. Los horizontes se ampliaron, los senderos empolvados y las habitaciones quedaron atrás. El Egeo con sus islas, la mitología del mar, el viaje en todas direcciones, son cosas que conmovían y trataban de expresar aquellos jóvenes*” (Seferis, 1988, t. I, p. 22).

Seferis habla de la polis y el mar. La polis y el mar son dos articulaciones de la poesía griega de siempre, pero que emergen ahora con tonos nuevos, como anclas salvadoras en el siglo XX. La polis, en la *Generación del 20*, aquella de la que habla Seferis, es la conciencia de la nación griega cuando todas las expansiones estaban fenecidas; el refugio es la casa y la gran casa es la polis. Los años post-catástrofe fueron promisorios para Atenas, incluso en lo económico. Se pasó de la utopía a la topía, y a Grecia le fue bien: 282 grandes empresas, cerca de 2.000 entre pequeñas y medianas y 100.000 obreros; 173 hilanderías y 4.000 telares tapiceros que competían en toda Asia; 1.244 empresas alimenticias; 135 de maderas y derivados; 117 de papel e imprenta; 10.000 obreros se ocupaban en la artesanía; etc. (Vacalopoulos, *Historia de Grecia moderna*, p. 280). Se fundó la Universidad de Salónica (1926) y la literatura empezó a cantar a la paz y no a la guerra, así Myrivilis, en su novela *La vida en una tumba*, y Nikos Kazantzakis ofrecían los modelos: Odiseo, Alejandro, Colón, San Francisco, Manuel Paleólogo, Zorbas, su propia vida en *Carta al Greco*.

Sin embargo, los años 30, trajeron otra impronta a la vida griega, el mar:

*Cayeron las paredes de mi habitación
y yo permanecí en el jardín.*

Son palabras de Antoníou y que Seferis recuerda; y también recuerda a Elytis, poetas del mar los dos; insulares los dos; uno del Dodecaneso y el otro de Lesbos, traían aires, dice Seferis, que curaban el alma.

La poesía, como antes trató la polis, ahora trata el mar, abre espacios más amplios a la vida cívica de la polis, cada vez más llena de discrepancias políticas. El 10 de agosto de 1928, Italia cede a Grecia todas las islas del Dodecaneso, con excepción de Rodas, que se hará un poco más tarde. El mar salta al primer plano de la noticia griega y de la poesía. No obstante, fue necesaria la depresión económica mundial de los años 30, para que se acrecentase esta conciencia griega de las islas. El año fiscal 1930-1931 concluyó con un déficit de 240 millones de dracmas. La búsqueda de mejores horizontes económicos, el alejamiento del divisionismo que en la ciudad estaba imponiendo el desacuerdo entre los partidos populares y los tradicionales, el atentado a Venizelos y la instalación de la monarquía, toda esta inestabilidad económica, civil y política, invitó a que las islas abrieran sus puertas para recoger a muchos de sus mejores hombres desilusionados de las polis.

Recuerda Seferis, desde el campo literario, que una de las avenidas más queridas de los atenienses en aquellos años de crisis era Singrou, "*porque era la más ancha, la más grande, pero sobre todo porque conducía al puerto y al mar*". Y comenta de Antoníou: "*Pero siempre en todo lo que decía, se podía sentir que una sola cosa le preocupaba verdaderamente: el amor por el mar*" (Seferis, 1988, t. I, p. 22). "*¿Por qué amamos el mar? Como ustedes comprenderán, no hay respuesta para una pregunta así*" (Ibidem, p. 24).

El poeta de las islas y el mar, dice Seferis, fue Elytis. El mar de Elytis no es el océano, sino las islas del Egeo, el luminoso mar Egeo. Antoníou, su amigo, tenía un tono fatal en sus versos sobre el mar, Elytis era la alegría mediterránea. Selecciona Seferis estos versos del poeta del Dodecaneso:

*El amor
el archipiélago
y la proa de sus espumas
y las gaviotas de sus sueños
en el alto mástil el marinero agita
una canción*

La poesía de Seferis oscila entre el mar de fatalidades de Antoníou y el luminoso de Elytis, el mar promisorio que mira las islas. De una y otra actitud, estos versos de su primer libro poético:

*En la playa escondida
y blanca como una paloma
tuvimos sed a medio día
pero el agua era salada.*

*Sobre la arena rubia
el nombre de ella escribimos
blanda sopló la brisa
y se borró la escritura. (Seferis, Strofi, 1931)*

Pero, en *Cuaderno de Ejercicios* se escuchan otras voces y otros tonos: “*Dichoso aquél que hizo el viaje de Odiseo*”, y concluye: “*regalarme el quieto mar azulado en el corazón del invierno.*”

Y, en otro poema, de *Mithistórima*, leemos:

*Un poco aún
veremos los almendros florecer
los mármoles resplandecer al sol
el mar ondularse*

*Un poco aún,
para levantarnos más alto.*

(Poema XXIII)

5. LA PALABRA Y EL PASADO

La escéptica pregunta *Ti eimaste*, que se hacen algunos teóricos griegos: ¿somos clásicos, bizantinos, turcos o una mezcla moderna de todo ello?, no cabe en los grandes poetas griegos, ni en Kalvos, ni en Solomós, ni en Palamás, ni en Kavafis, ni en Elytis y mucho menos en Seferis. A la polis, a las islas y al mar, hay que añadir, como propiedad griega, la palabra con que estas cosas fundamentales se dicen y cantan: la palabra es el habitar, en ella está el ser y el existir, y Grecia ha tenido una sola palabra: el griego. ¿*Qué somos?* La respuesta es: *La palabra*. El poeta tiene conciencia de esta palabra y la palabra tiene una única vida semántica que no enturbian ni los nubarrones, ni las tormentas de la historia. La historia enriquece o empobrece la vida de la palabra, no la anula; menos aún en el idioma griego que no ha sufrido, por ejemplo, las evoluciones históricas que han tenido los idiomas romances. A este sentido de grecidad lingüística, apela, precisamente, Seferis cuando recoge las palabras de Palamás: “*Tengo la conciencia de no ser uno. No soy un solo yo, sino muchos*” (Seferis, 1931, “Prólogo” a *La vida inmóvil*). Luego recuerda Seferis las temáticas de Palamás sobre “*la grandeza de la Estirpe*”, los lugares de Bizancio y los “*milenarios dolores*”. *Cien voces* es una obra del propio Palamás, que quiere decir mil formas de ser griego en el espacio de la palabra. Y concluye Seferis: “*Creo que habrán de pasar muchos años antes de que se encuentre un hombre con tanta experiencia de nuestra lengua como Palamás. La conocía de principio a fin, hasta en sus rincones más recónditos: antigua, medieval, idiomática; en cada matiz, en cada tono*” (Seferis, 1988, t. I, p. 32).

El idioma griego, así sentido, así vivido, llama a lo universal y en lo recóndito de este concepto, ocultamente, esperando el momento, la Gran Idea. Este Palamás de las “*cien voces*”, como el Kavafis de los grandes y pequeños temas clásicos y bizantinos, como el Seferis de la

Mithistórima, lleva el secreto de Alejandro, de Justiniano o de Venizelos infartado en su poesía, sin que haya que pensar siempre que el corazón griego nunca se rompió. Para los griegos, “*el deber ser*” ha sido siempre más importante que “*el ser cambiante*”, tantas veces sometido éste a las pequeñas contiendas de los hombres. ¿No fue acaso éste el gran tema de los pre-socráticos?

Esto explica, a la luz del ensayo seferiano, la vocación del pasado existente en su poesía. Antes que Jung formulase la teoría psicoanalítica del individuo como el punto histórico de una larga estirpe pasada y el inconsciente como depósito de la memoria histórica y los arquetipos expresión de uno y otro, estirpe y memoria, ya los grandes poetas griegos del siglo XX, guiados por la línea de continuidad del idioma griego, recogían su identidad con el pasado. La llamada al pasado se hace particularmente perentoria en momentos de crisis. Lo comentó en su día el filósofo Ortega y Gasset en su ensayo *Las Atlántidas y La Tumba de Tutankhamon* y Berdiaff en *El sentido de la historia* y García Morente en *La vocación de nuestro tiempo para la filosofía*. Seferis añade sus propias razones: observada superficialmente la historia de Grecia, es un montón de fragmentaciones: pocas obras literarias completas, casi ningún templo en pie, mutiladas las estatuas, pero, “*siempre que observamos con atención y con amor el más mínimo detalle griego –dice Seferis– nos encontramos en el corazón de la grandiosa vida helénica. Tan grande es su coherencia y su unidad*” (Seferis, 1988, t. I, p. 28). Lo observaba un destacado filólogo, Carlos Disandro, al comentar la palabra “*holom*”, un término que para él era incluyente de toda la cultura griega, marcada por la visión de totalidad. Decía: “*Allí, donde hay un fragmento griego, no hay una parte sino un todo, pues por obra del ritmo o musicalidad en que fue compuesta, late la obra total*”. Expresó lo mismo Rubén Darío al ver la decapitada Victoria de Samotracia en el Museo de Louvre: “*No tiene ojos y mira, no tiene boca y escuchamos su grito a las glorias helenas*”. Ahora entendemos, en la idea de unidad histórico-lingüística griega, que aquella aventura microasiática, no fue un hecho, sino muchos hechos juntos, “ *cien voces*”, según Palamás, que llamaban al pueblo griego a reconquistar un cuerpo político que tuviese un alma civilizadora.

Como una muestra de esta historia-lingüística, mil veces distinta y siempre unitaria, rota en singularidades y sugerente de totalidad, este poema recogido por Seferis:

*Y las aguas, las poco profundas, melodiosas y frías; nítidas
Para beberlas; las aguas relucientes y las de riego
Se enriquecieron de otros cauces y otras fuentes
Y cambiaron, se han vuelto más anchas y más turbias; desaparecieron.
En vertientes subterráneas y lugares sin sol
Y emergen ahora a otro lado como poderoso río
Y mis canciones sencillas y mis humildes palabras
Fuego en el Hades encontraron y en los Elíseos luz.
Han llegado, escúchenlas, profundas, épicas, grandiosas,
Después de haber sido abrazadas por los secretos círculos del otro mundo.*

6. PUEBLO, PALABRA Y PATRIA

La Gran Idea, calificada tantas veces en forma despectiva, como “*aventura*”, “*utopía*” o “*sin razón*”, si hemos de comprenderla y contemplarla en el alma del pueblo. Cree Seferis que la obra de Makriyánnis es reveladora. Él fue patria –soldado– pueblo –pastor rumeliota– y poeta. Nació en 1797 y murió el 27 de abril de 1864. La pobreza de sus padres no permitió que aprendiese a leer y a escribir sino muy tarde e imperfectamente. Las *Memorias* de Makriyánnis le costó 17 meses a Vlajoyánnis para descifrarla. La obra consta de 460 páginas,

las empezó a escribir a los 32 años, como soldado con el grado de general; hubo de ocultarla en un bote de hojalata, tras la sospecha de que algo extraño estaba haciendo el rumeliota. En 1907, Vlajoyánnis las edita para luz de los griegos; y, en 1943, Seferis comenta la obra: ¿Qué luz y qué ejemplo entrega Makriyánnis?

Las *Memorias* de Makriyánnis animaron la independencia de 1821, denunciando los errores, no de Othón, sino de los “otonianos”, abrió la esperanza a la gesta trágica microasiática y el libro fue alimento al tener que vivir el desastre. Dice Seferis, cuya herida siempre sangra: “Desde 1926, año en el que cayeron en mis manos las *Memorias*, y hasta hoy, –escribe en 1943– no ha pasado un mes sin que haya releído algunas páginas del texto, no ha pasado una semana sin que haya pensado en su vivo estilo” (Seferis, 1988, t. I, p. 37). Y Seferis se dirige ahora “a los que fueron soldados griegos del Medio Oriente y griegos de Egipto. Todos los que combatimos para liberarla, hemos de vivir aquí. Todos los que trabajamos por ella debemos protegerla, todos juntos, y que ni el poderoso ni el débil vengan a decir ‘yo’”. Podemos decir “yo”, cuando hacemos o deshacemos algo solos. Pero cuando somos muchos, debemos decir “nosotros”. Estamos en el “nosotros” y no en el “yo”. Cuando en un expansionismo utópico se ha fracasado, el centro de las energías salvadoras se encuentra en la conciencia de la nación, que es el “nosotros” y en lo mejor de ese nosotros, que son sus héroes del pasado.

Makroyánnis “el más importante narrador griego moderno, y no el más grande, que fue Papadiamandis” (Seferis, 1988, t. I, p. 51), era un iletrado; Makroyánnis, general destacado en la independencia de Grecia, fue un pastor; Makroyannis, que era un clásico moderno, un señor de la lengua, redactaba mal, según los gramáticos. Pero lo iletrado, el pastor y la redacción anormativa, si supieron recoger la voz del “nosotros” y salvaron para la historia a muchos escritores del pasado. Esta es su gran lección.

Makroyánnis, para Seferis, fue “el hombre de la medida”, tan necesaria después de la catástrofe, porque el hombre medida debe estar tan lejos de la “hibris” como del “zanatos”. El poeta, pastor y soldado, autor de *Memorias*, llama a los griegos dolientes a pasar la alegría mediterránea sin desmedirse, porque Makroyánnis es la reflexión tras la derrota.

7. EL EROTÓKRITOS, ALIMENTO PARA LA LUCHA Y EL DESCANSO

Hay otro libro, alimento y consuelo del alma griega en aquellos momentos, el *Erotókritos*. Seferis le dedica otro ensayo y otra reflexión. El *Erotókritos* es un libro de 10.052 versos, alimento en la Esmirna antiturca y ahora (Atenas 1946), ánimo para vivir. Los buhoneros de Esmirna, cuando se preparaba el asalto de la Gran Idea, lo vendían por las calles. La gente lo arrebatava. Como en los antiguos libros de caballerías españoles; el *Erotókritos* tomó su tema de la novela de caballería francesa *Román de París et Vienne*, no obstante, nadie creía que aquellos personajes no fuesen reales: “En medio de ese universo, *Erotókritos* y *Aretusa* eran personajes reales. No concebíamos que hubiera quien ignorara sus aventuras y sus palabras, unos copiaban el libro, otros lo aprendían de memoria, quienes no sabían leer, escuchaban, muchos lo ocultan bajo sus almohadas” (Cesáreo Dapóntes, 1766). Así lo habían hecho los cretenses, allá por 1669, cuando huyendo de los turcos se refugiaron en las islas jónicas, llevando el libro consigo, como alimento vitalizador y reparador.

Koraís escribe en 1805: “El *Erotókritos* es un aborto de nuestra desdichada Grecia... una sirvienta fea y un poco alcahueta de nuestra lengua” (Seferis, 1988, t. I, p. 63); y Manolis Triandafilidis, en 1909, afirma “es uno de los libros que adornan las bibliotecas de

los sirvientes", un libro "para leerse en la cocina". Para los habituados a la crítica española, por temperamento tan cercana a la griega, esto ya lo habíamos escuchamos de boca de Azorín, cuando tildaba a Galdós, al gran Galdós, el hoy indiscutible y ejemplar Galdós de "garbancero, que trae todos los fines de semana llenos los trenes de mercancías de las vulgaridades de provincia". Solomós, Palamás, Sikelianós, Seferis, y todo el alma nacional griega herida tras el desastre son quienes rehabilitaron el *Erotókritos*, porque él rehabilitaba el alma nacional griega.

Pocos versos más alentadores de la Gran Idea que éstos de la obra cretense:

*...parte y ve a recorrer el Poniente y el Levante
verás espléndidas regiones que aún no has conocido;
mientras estés aquí, seguirás habiendo tu mismo pensamiento.
Ve a ver cómo viven los hombres en tierras lejanas y sabrás sus costumbres
Conocerás su mentalidad, su lengua, su modo de vestir
Verás aquello que jamás has visto ni escuchado.*

Seferis termina el comentario filológico de esta obra, señalando cómo en la obra, lo central no son los amores de Erotókritos y Aretusa; esto lo es para aquéllos que separan artificialmente fondo y forma; pero fondo y forma son una misma cosa. Los cretenses amaban este libro en el destierro, porque hablaba el idioma de su tierra y los invitaba a no olvidarla y a poder volver a ella.

El dolor más grande de los griegos expulsados de Esmirna, no lo dice Seferis, lo deducimos, es que todos hablan griego, el griego de Esmirna que les recuerda que son "de allí", de ese "allá" con el que se identificaban los cretenses lectores en el destierro. ¿Pero, por qué la lengua de Mikriyánnis y Kornáros se hace tan amable para Seferis? Porque es la demótica, la que se habla en las calles de Creta y de Esmirna: la lengua viva, sentida, amada, exaltada en momentos de éxito y sufrida en momentos de fracaso. Lo sabía perfectamente el pintor Theófilos, ujier del Consulado de Esmirna, para quien decir la verdad, por amarga que fuera, es sana.

Para Seferis, todas estas obras, nacidas de la más clara espontaneidad del habla griega, no son sino una llamada a esa verdad en el período de entreguerras cuando Grecia buscaba su nuevo destino y una sanación por la palabra. Son obras primarias que hacen bien, porque van a la raíz y en la raíz griega, ve Seferis, como en la Natividad de Belén pintada en Dafní, una gran luz y detrás una negrísima sombra, gran símbolo de Grecia siempre oscilante entre el Filotes y el Neikos de Empédocles, entre Dionisios y Penteo. En esa hora post-desastre de la Gran Idea, piensa Seferis, hay que saber convivir con ambos destinos. Nadie mejor que Angelos Sikelianós, quien pudo expresar esta dualidad griega que duele:

*Por la nueva herida que me abrió el destino
El sol penetró en mi corazón
Con tanta fuerza, mientras se ocultaba,
Como por una repentina fisura entra
La ola en el barco que poco a poco
Se hunde.*

(*El camino sagrado*)

8. CON KALVOS, EN 1960, Y CON FABRIZIO, EN 1966. DOS ENSAYOS MÁS.

Kalvos y el pintor Fabrizio sugieren a Seferis una meditación más sobre lo griego, sobre los griegos, en este caso de la diáspora; y aunque Kalvos salió al exilio mucho antes del Gran Desastre, llevaba en su alma, un resto de su patria. ¿Cómo es el griego en el extranjero? ¿Cómo ve el extranjero al griego? Una gran pregunta cuando, tras el Desastre, tantos griegos debieron enfrentarse a ser con otros sin ser otro. Acaso sea éste el mayor destierro, el espiritual, el pronunciar un idioma que siempre te dice: “*Tú, condenado a estar aquí, no eres de aquí*”. Seferis, como buen ensayista, deja estas ideas sugeridas, no desarrolladas, pues la naturaleza de todo ensayo es sugerir, incitar, provocar en el lector una reflexión.

Antes de trasladar los cuerpos de Kalvos y su señora desde Inglaterra a Atenas, a la pequeña iglesia normanda de Santa Margarita, el órgano interpretó el *Himno de la libertad* y dice Seferis: “*por un momento me ardieron los ojos. No busqué el porqué*” (Seferis, 1988, t. I, p. 115).

Y con Fabrizzio, un griego lleno de un optimismo sin igual, vuelve Seferis al tema Microasiático: “*Le llevaba cinco años, dice Seferis; yo me encontraba, pues, cinco años y varias millas más cerca de la catástrofe de Asia Menor*” (Ibídem, p. 116). Se trata de una confesión muy importante para saber qué había en lo más hondo del dolor del poeta y por qué en el ensayo dedicado a Fabrizzio, Seferis denosta contra la Grecia de la política partidista y no sabe mirar a sus profundidades en esa hora de necesaria recomposición de la helenidad.

Pero, ¿qué es la helenidad?, se pregunta Seferis. Ya dijimos que habitaba en la palabra, mas qué era ese habitar. Es la misma pregunta que se planteó la *Generación española del 98*, tras el Desastre de Ultramar. Maeztu escribió por aquel entonces *La Defensa de la Hispanidad*; Ortega, *España Invertebrada*; Morente, *Idea sobre la Hispanidad*; Unamuno, *Sobre el marasmo actual de España*; Menéndez Pidal, *Historia de España*; Américo Castro, *Sobre el ser y quien de los españoles*. Para Seferis, existe el helenismo europeo, pero falta el helenismo helénico, el hecho al interior de Grecia y por los griegos. Ésta es la vocación del momento. Satisfacerse por haber creado una cultura europea, un renacimiento italiano, una *Afrodita* y *Adonis* de Shakespeare, una *Fedra* de Racine, un *Hiperion* de Hölderlin, no es suficiente. Grecia está llamada a crear una nueva helenidad, ésta es la tarea del presente, y es en ella, donde la lengua demótica juega un papel fundamental, pues el ser y el decir van juntos. Y tuvo razón, porque en este deseo de dar la nota de una nueva gran cultura griega, se levantaron, desde el campo de la literatura, junto a él, Kazantzakis, Elytis, Kavafis, y tantos otros que merecieron la calificación, junto con la lírica española de la *Generación del 27*, de “*la más alta poesía del siglo XX*” (Héndrich).

Esta aspiración de nueva helenidad, pese a tantos desalientos, apareció, según Seferis, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, en los jóvenes de aquel momento: “*Debemos avanzar mucho, casi hasta la víspera de la última guerra, para ver cómo, tímidamente, surge la conciencia de que Grecia es un todo; para ver a los jóvenes interesarse en la poesía griega no como un tema de experimentación lingüística o de algún otro tipo, sino como un arte vivo que pertenece a una tradición viva*” (Ibídem, t. II, p. 40). Añade en otra parte: “*Pienso que Grecia se aproxima al punto de madurez que le permitirá ver sin prejuicios y de manera global todas sus tradiciones: la antigua, la medieval y la moderna*”. Escribía esto en 1949 en el segundo prólogo a la traducción de *La tierra Baldía*.

Pero, la continuidad de la helenidad pasa también, señala Seferis, por las derrotas, asumidas, recreadas, como lo hace Kavafis; pues las suaves ondas del mar no son sólo las

pulidas curvas que ascienden, también las fuerzas destructoras del abajo que las remontan. Kavafis, escribió estos versos:

*Esto fue escrito en Alejandría por un aqueo
En el año séptimo de Ptolomeo Latiro*

Seferis recuerda estos versos, visitando Alejandría, pocos días después de la batalla de Creta y los traduce recordando que el poema de Kavafis había sido escrito en 1922, en vísperas de la catástrofe de Asia Menor:

*Esto fue escrito en Alejandría por un aqueo
El año en que la Nación fue destruida.*

Kavafis, uniendo el pasado a la conciencia presente de la patria, “*entraba así en la Antología Griega, franqueando un abismo de siglos*”.

La forma en el ensayo de Seferis

Hemos hablado del contenido del ensayo de Seferis y su análisis del ser griego, tras la catástrofe microasiática. No estaría completa nuestra visión, sin una referencia a la forma ensayística seferiana. Ya señalaba Umberto Eco que “*todo lo que un escritor dice tiene el valor de la forma cómo lo dice*”, porque forma y contenido son una misma cosa. ¿Cómo es el decir de Seferis? ¿Se sorprenderá el lector, como nos sorprendimos nosotros al leer al Seferis prosista, después de leer al Seferis poeta? El Seferis poeta es de estilo árido, desnudo en imágenes, desolado muchas veces, como lo son los temas de que trata. Este escribir de contención conceptista, casi hermético, poesía objetiva, tiene tres fuentes: una, la temática; cómo hablar de la tristeza, del exilio, de las cisternas llenas de arena, de los fragmentos de la historia, de la lenta capacidad griega de reacción ante los sucesos, de Esmirna ... si no es con la aspereza que esos temas infunden al alma; otra fuente es la de la nueva estética, la de Kavafis, de Eliot, de los surrealistas, surrealismo mental, más que imaginativo; y, la tercera fuente, procede del “*demotiki*”, del habla sin pulir del pueblo que reclama forma directa, el cumplir con el ideal clásico español del “*escribo como hablo*”, que no es distinto del de Fray Luis de León cuando señalaba “*de las palabras que todos hablan, miro el sonido de ellas y a veces las peso, las mido y las compongo*”, es decir, ausencia de imágenes.

El ensayo seferiano es otra cosa. Establece el poeta una clara distancia entre el objeto (*Memorias, Erotókritos, Odas* de Kalvos, *Poemas* de Kavafis, *Tierra Baldía* de Eliot) y el sujeto, que es él mismo. Esta distancia le permite colocar en medio, su delicadísima prosa poética y su acertada intuición de observador. La claridad, la gracia de su prosa, la amistad que engendra, las intuiciones profundas que sorprenden, la delicadeza de la palabra, la herida –finísima herida crítica– que, a veces, provoca, todo ello hace del ensayo de Seferis, una pieza que, si se acerca al ensayo de Ortega por el rigor intelectual, se separa de él por buscar este último una clara recreación en la metáfora rotunda y la comparación embellecedora que, en Seferis, no hay; y si lo comparamos con otro maestro del ensayo español, Azorín, se hermana con él por ser sensitivo, y se aleja porque Seferis no es un arielista “del primor”, está siempre cerca del lector, que quiere que sea, en primer lugar, un griego, para aprender juntos las lecciones, y que después vengan todos los demás.

CONCLUSIÓN

Seferis ha hecho un examen de la nación griega en el momento de la llaga abierta del desastre microasiático y en el período más avanzado y reflexivo de las entreguerras. Tras el silencio meditativo de él y de su generación, en un principio sin rumbo; tras los poetas que como él, no querían escribir –“*se me pegó la lengua al paladar*”, dirá Nicanor Parra en ocasión similar, y “*cómo podremos cantar en tierra extraña*”, decía Ezequiel desterrado a Babilonia– Seferis, de mano de dos gigantes de la voz griega, Antoníou y Elytis, recupera su voz y mira a la Polis y al Mar, porque Grecia fue la polis y fue el mar: Atenea y Poseidón, disputándose en lo alto de la Acrópolis el dominio del culto de la nación, convinieron en ser ambos esencia de Grecia y merecedores de iguales templos, Partenón y Erección.

Antoníou y Elytis infundieron en la poesía de Seferis dos sentimientos profundamente griegos: la fatalidad y la alegría, que es casi la esencia tanto de la tragedia como de personajes de Kazantzakis, “*morir cantando*”. Poco a poco, por estos caminos, el poeta Seferis va descubriendo las esencias fecundas del “*¿Qué somos?*” y que condensa en: pueblo, palabra y patria. Las vertientes ricas en aguas regeneradoras por las que discurren estas tres palabras, son en el ensayo de Seferis, en las *Memorias* de Makriyánnis, en el *Erotókritos* de Kornáros, en las *Odas* de Kalvos y en los *Poemas* de Kavafis. Poetas, a los que hay que añadir Palamás y Solomós, todos capaces de regenerar el alma nacional, tan tironeada por políticos de segunda clase. Pueblo, palabra y patria, no constituye un eslogan, es la apelación a las raíces de la nación, a la palabra demótica que las expresa y a la patria que las configura en las instituciones.

No todos los escritores, sobre los que ensaya Seferis, fueron de la hora del desastre. No lo fueron ni Palamás ni Solomós. No importa. Todos son griegos, y, en cuanto griegos, le ayudan más que ningún otro autor a explorar el alma permanente de Grecia: sus “ *cien voces*”, su vocación civilizadora (época clásica y helenística), su tendencia imperial (mundo bizantino), su aspiración a restaurar el amplio mundo donde el griego se hablaba (Asia Menor, Alejandría, Constantinopla) y, ahora, a instaurar el panhelenismo cultural, que sólo surgirá potente y aleccionador, si Grecia crea su propio renacimiento en la Hélade y por helenos, nuevamente, para el mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- García Pelayo, Manuel** (1964): *Mitos y símbolos políticos*, Madrid, Taurus.
- Hurmuziadis, J.** (1989): “Prólogo” a *Cuento griego moderno*, Santiago, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos Fotios Malleros, Universidad de Chile.
- Jaris, Pedro** (1970): “La literatura griega después de la catástrofe de Asia Menor”, en *Bizantion Nea Hellas*, Santiago, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos Fotios Malleros, Universidad de Chile.
- Seferis, Giorgos** (1988): *Ensayos*, México, Fondo Cultura Económica, 2 vols.
- Vacalopoulos:** *Historia de Grecia moderna* (1204-1985), Santiago, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos Fotios Malleros, Universidad de Chile.